

dividuos y para las sociedades: el de la tribulación. En ella se prueban y se purifican. ¡Cuántas veces, aunque deslumbren por su brillo y asombren por su poder, al ser tocadas por el dedo de Dios, aparecen enfermizas y endebles! La hora de la prueba fué ciertamente gloriosa para la Iglesia michoacana y será eternamente memorable.

Ninguna quizá entre todas las iglesias, ha pasado por tan espantosas vicisitudes como la mexicana, y es indudable que ninguna de ellas, con excepción de la romana, que es incontaminable, ha pasado tan pura como la nuestra, por ese crisol divino. Y por un privilegio glorioso, no obstante lo apartado de su posición, la Iglesia de Michoacán ha ido á la vanguardia en esos combates titánicos.

La tempestad que iba á desarrollarse en México, se preludiaba entre los horrores de la peste, los dolores de la miseria y las hecatombes de la guerra civil; se sienten los primeros huracanes antireligiosos en 1833; la Iglesia michoacana no vacila: su Obispo y su cabildo se apresuran á la defensa sacrificándolo todo, y pu-

blicanse la carta del Illmo. Sr. Portugal y la representación del cabildo, monumentos de singular prudencia y apostólica energía.

El huracán se convierte en racha furibunda; la bandera de la irreligión ondea victoriosa en todas partes; todos vacilan, todos temen; la tentación ha tocado hasta los elegidos; la seducción penetra hasta en los asilos seculares que la fe y la santidad habían erigido en nuestra patria... ¡Quién es empero ese hombre, que revestido con los ornamentos episcopales y llevando en su ungida mano la bula del pontífice supremo, se presenta en los claustros para restituir la prístina observancia y el fervor primitivo? Oh Iglesia de Michoacán! Es tu obispo, es el sucesor denodado del Illmo. Sr. Quiroga, que fué considerado digno de recibir en México la misma elevada misión que la Providencia confiara en otros países á San Pedro de Alcántara, Santa Teresa de Jesús y Jiménez de Cisneros! Es el egregio Monseñor Munguía, el cual, cuando todas las cosas cayeron, fué el único que quedara en pié en medio de tantas ruinas, anatematizando lo presente

y salvando el porvenir; el ilustre prelado que, sin vacilación alguna, dijo la verdad á los grandes y á los pequeños, y cuando lanzó el último suspiro en la Ciudad Eterna, pudo decir como Gregorio VII: *veritatem dilexi, iniquitatem etiam odivi, ideoque exsulatus emorior.*

¿Se calmó la tempestad? No...! Sañudo noto acrescentaba las iras de la mar traidora; temblaba ya la quilla, se rompía el mástil y la vela destrozada discurría al capricho de los vientos.....

Nada temais! Un varón esforzado, digno de sus predecesores, empuña el remo... ¿Me preguntais su nombre, quereis por ventura que os describa su grandeza?..... No puedo contestaros más que con estas palabras de la sabiduría increada: *ante mortem ne laudes hominem quemquam!* (1).

Yo sólo sé decir que nuestra Iglesia ha pasado incólume por el Mar Rojo de la persecución; hemos entonado el himno de la gratitud y de la libertad; venimos del desierto, y parece que vislumbramos ya la tierra prometida; son tres los rebaños que

(1) Eccli., IX, 30.

antes eran uno solo; se ha multiplicado la generación del Illmo. Sr. Quiroga; se han cumplido estas palabras de eterna verdad: *potens in terra erit semen eius, generatio rectorum benedicetur.* Aquí está esta generación, fuerte y gloriosa como el primer día: acaba de descender del Sinaí, á donde fué conducida por el espíritu de Dios, para recibir las leyes que había de dictar á sus hijos. Al ascender allá, vióse patente su grandioso desarrollo; contemplóse la unidad que la sostiene, la caridad que la informa, el espíritu que la vivifica.

Los siglos pasarán, hermanos míos, y con ellos las generaciones y los pueblos; vendrán nuevas cosas y nuevos hombres; pero la obra de nuestro Padre no ha de morir jamás, porque no es la obra del hombre, sino la de Dios, de cuya eternidad participa. Queremos creer que tan insigne Varón habrá recibido en el cielo condigna recompensa por sus labores: así nos lo dice nuestro corazón de hijos; así nos lo indican sus virtudes, que nosotros juzgamos heróicas. ¿Qué falta para que su gloria sea completa? Yo no sé explicarlo; pero es tanta la bondad de nuestro Dios,

que reserva para sus elegidos doble gloria: una en el tiempo, la otra en la eternidad; ésta última es ciertamente la principal, y la otra sólo un reconocimiento y una manifestación de aquella; pero de tanto valor, que es lo más grande que podemos contemplar en este mundo; la luz más esplendorosa que puede rodear la frente de un hombre. Da derecho á los honores más altos; á que se erijan estátuas, no sobre pedestales ungidos por la gloria humana, sino sobre el altar que consagran los pontífices en nombre de Dios; no en los palacios de los grandes, defendidos por la fuerza, sino en el templo, que es el atrio del empero, bajo la salvaguardia de Dios.

¡Esa gloria, hermanos míos, es la que falta al Illmo. Sr. D. Vasco, para hacer todavía más insigne su memoria! ¡Cómo nos acercaríamos entonces, henchidos de gozo indecible, á los altares del Dios vivo, para ofrecer en acciones de gracias, la hostia de nuestra redención! Desaparecerían entonces estos tristísimos arreos de la muerte; en vez de los cantos fúnebres, resonarían en este recinto las litúrgicas aclamaciones de la gloria; podríamos en

alta voz proclamar desde esta cátedra el epíteto más sublime que poseen las lenguas de todos los hombres y que mil veces ha pugnado por salir de mis labios en honor del Illmo Sr. Quiroga. Nosotros, hermanos míos, le llamaríamos *santo!*

Páztcuaro, 1.º de Abril de 1897.

